

finió como de fe el dogma de la real presencia de Jesucristo en el Sacramento de nuestros altares, pues basta á nuestro propósito citar algunos sagrados cánones del santo Concilio de Trento, que es el resumen de todos los Concilios que le precedieron. Dice así (sess. 13, c. 1):

9. «En primer lugar enseña el santo Concilio, y clara y sencillamente confiesa, que después de la consagración del pan y del vino se contiene en el gran Sacramento de la Eucaristía, VERDADERA, REAL Y SUBSTANCIALMENTE nuestro Señor Jesucristo bajo las especies de aquellas cosas sensibles (1)... Es, sin duda, maldad execrable que ciertos hombres revoltosos y corrompidos tuerzan las palabras de Jesucristo en la última Cena y las violenten y expliquen en sentido figurado, ficticio é imaginario, negando la realidad de la carne y sangre de Jesucristo, contra el sentir unánime de la Iglesia, la cual, siendo columna y apoyo de la verdad, ha detestado siempre como diabólicas estas ficciones de los impíos, y conservado indeleble la memoria y gratitud de este tan excelente beneficio que Jesucristo nos hizo.»

Y como si estas palabras no fueran bastante, el mismo santo Concilio, en dicha sesión XIII, declara que este dogma sagrado es un artículo de nuestra fe, y amenaza con los anatemas divinos á quien lo niegue, diciendo:

10. CAN. I.—*Si alguno negare que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y Sangre, en unión del alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y por consecuencia todo Cristo; ó, por el contrario, dijere que sólo está en él como en señal, en figura ó virtualmente, sea excomulgado.*

CAN. II. *Si alguno dijere que en el sacrosanto Sacramento de la Eucaristía queda la substancia de pan y de vino juntamente con el*

y con el corazón confesó el dogma de la transubstanciación.—El de Letrán, en 1215, siendo Papa Inocencio III.—El Concilio romano en 1413, condenando las proposiciones de Wiclef, la cual condenación fué confirmada en el Concilio de Constanza en 1414.—El Concilio de Florencia, en su última sesión, en 1439, define la transubstanciación diciendo: *Substantia panis in corpus, et vini in sanguinem convertentur.*

(1) Dice el santo Concilio *verdaderamente*, para excluir la presencia figurada de Cristo, como quieren los herejes sacramentarios. La figura se opone á la verdad, y por esto emplea la palabra (vere) *verdaderamente*.—Añade *realmente*, para combatir la presencia imaginaria que pretenden otros herejes, afirmando que la sangre de Jesucristo no está en la Eucaristía corporalmente como se halla en el cielo.

Dice además *substancialmente*, para excluir la presencia de sólo eficacia ó virtud, que es á lo que el impío Calvino reduce la presencia de Jesucristo en la Eucaristía. (Véase San Ligorio, *Opera dogmat.*, sess. 18.)

Cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, y negare aquella admirable y singular conversión de toda la substancia del pan en el cuerpo, y de toda la substancia del vino en la sangre, quedando sólo las especies de pan y de vino, conversión que la Iglesia católica llama con toda propiedad TRANSUBSTANCIACIÓN, sea excomulgado.

CAN. III.—*Si alguno negare que en el venerable Sacramento de la Eucaristía se contiene Cristo todo en cada una de las especies, y divididas éstas, en cada una de las partículas de las dos, sea excomulgado.*

CAN. IV.—*Si alguno dijere que, hecha la consagración, no está el Cuerpo ni la Sangre de nuestro Señor Jesucristo en el admirable Sacramento de la Eucaristía, sino sólo el uso mientras se recibe, pero no antes ni después, y que no queda el verdadero Cuerpo del Señor en las hostias ó partículas consagradas que se reservan ó sobran después de la Comunión, sea excomulgado.*

11. De esta manera tan clara, enérgica y terminante se expresa el santo Concilio; y como además de su *infalibilidad* se apoyan sus definiciones, no sólo en las palabras de Jesucristo: ESTE ES MI CUERPO, ESTA ES MI SANGRE, sino en los hechos y dichos de San Pablo, de los Santos Padres, de los Sumos Pontífices, Obispos, teólogos, predicadores, y de los hombres más santos, más sabios y más perfectos del mundo, quienes han creído, confesado y enseñado en todos tiempos y lugares la real presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, forzoso es confesar que la prueba es plena y abrumadora para todo cristiano que no haya perdido la fe ó el juicio.

12. Así, pues, si Jesucristo prometió solemnemente á sus Apóstoles que les daría á comer y á beber su propia Carne y su propia Sangre; si después, al instituir el Santísimo Sacramento, dijo con toda claridad: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*; si el apóstol San Pablo confirmó plenamente la real presencia de Jesús en la Hostia consagrada; si esta creencia es la tradición unánime y constante desde Jesucristo hasta nuestros días; si los Santos Padres, además de las tres grandes prerrogativas del talento, de la ciencia y de la santidad forman entre sí una no interrumpida cadena, cuyos robustos anillos se afianzan mutuamente, quedando como sellada su enseñanza con la autoridad divina y definiciones dogmáticas de los santos Concilios, especialmente por el de Trento, que los resume todos, forzoso es confesar con San Hilario: (*De Trinitate*, lib. VIII): *No hay lugar á dudas en la verdad de la Carne y Sangre de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía; pues ahora, tanto por la manifestación del Señor como por nuestra fe, su Carne es verda-*

deramente comida, y su Sangre verdaderamente bebida. (En la *Suma* de Santo Tomás, p. III, q. 75, a. 1.)

Es cierto que nosotros, con nuestra pobre inteligencia, no llegaremos nunca á comprender el Misterio eucarístico, como tampoco comprendemos otros muchos misterios del orden natural; pero ¿qué importa? Dios lo dice, la Iglesia lo enseña, la fe lo demanda, la razón no puede contradecirlo: es la creencia de todo el cristianismo; los hombres más sabios y más santos lo han creído, por consiguiente, creamos. «No resistamos—dijo el Crisóstomo—á los oráculos divinos, aunque nuestros sentidos no lo perciban y nuestra razón no lo comprenda; porque Dios es infalible y nosotros fácilmente nos engañamos. Y pues El ha dicho: *Este es mi Cuerpo*, demos de mano á toda vacilación y á toda duda; cautivemos nuestro entendimiento en obsequio de la revelación eucarística, y digamos sencillamente: *Creo*. (San Crisóstomo: Homilía 82, in *Matth.*, n. 4.)

CAPITULO XVI

Más pruebas sobre la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

1. El amor del corazón de Jesús todo lo soporta por nosotros.—2. Vano empeño de los impíos contra el Santísimo Sacramento.—3. El corazón de Jesús en la sagrada Eucaristía no cesa de prodigarnos favores.

LAS delicias del género humano es Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Su corazón divino se encuentra en la sagrada Hostia de igual manera que está en el cielo; y aunque el Señor previó todas las injurias que los hombres ingratos é impíos le habían de inferir en el Sacramento eucarístico, sin embargo, su amor todo lo venció, y le instituyó, y se quedó en nuestros altares, y allí quiere ser adorado y que le busquemos para recibirle como alimento y para ser deificados cuanto lo consiente nuestra humana naturaleza. *La caridad de su amantísimo corazón*—dijo San Pablo (I Cor., XIII, 7)—*todo lo sufre, todo lo soporta*. ¡Oh piélago infinito del divino amor, y cuán poco lo estiman algunos cristianos!

2. Hemos visto un emblema que representa algo el amor incesante del corazón de Jesús para con los hombres, y el vano empeño con que los herejes le niegan en su Sacramento de amor. Figura dicho emblema una noche estrellada, con luna refulgente, y un perro ladrando á la luna, con esta inscripción: INANIS IMPETUS, vano empeño (1).

Verdaderamente así es. Aunque los enemigos del Santísimo Sacramento ladren contra El como canes inmundos, cual expresa el emblema, y aunque el infierno entero arroje su furor en odio satánico al corazón de Jesús, verdadera y realmente presentísimo en la sagrada Eucaristía, marcha, sin embargo, esta luna mística siguiendo su curso apacible, despreciando todos los dictorios, oprobios y blasfemias de los infelices herejes, á quienes podemos decir: INANIS IMPETUS, vano es vuestro empeño, porque el

(1) Ginther: *Speculum amoris*, Consideratio XXVI.